



# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

La felicidad.—En el album de la poetisa Rogelia Leon; poesía.—Magdalena. (Continuacion.)—Tres flores; poesía.—Modas.—Explicacion del pliego de dibujos.

## LA FELICIDAD.

Hé aquí un fantasma, que forma cada uno á su modo, sin que ninguno logre perfeccionarle, ni aun siquiera verle con alguna de las profusas galas que le regala la fantasía.

¿Habrá mujer más querida, amante más codiciada, ni bello ideal más anhelado, que tener por un momento cercana la felicidad?

Apenas ponemos el pié en el umbral de la vida, apenas tenemos razon para comprender el bien y el mal, la buscamos con avidez, la saludamos con cariño, la ofrecemos nuestro amor, y la queremos sujetar con el dulce yugo de un entrañable afecto.

A los quince años nos sonríe como una co-

queta, dá continuas esperanzas á nuestro corazón, halaga nuestros caprichos, corre como las mariposas; pero se detiene algunos segundos, para que la aprisionemos un instante.

Su mayor complacencia consiste en darnos á libar ricos perfumes, y al vernos embriagados en ellos, arrojarnos entre mieses reseca y agostadas. Así lo creemos al menos.

Allí vertemos las primeras lágrimas del desengaño: allí se empieza á formar la hiel que le ofrecemos luego al mundo: allí empieza á perder las florestas del alma su primitiva lozanía y allí comienza á germinar la triste desconfianza.

La sonrisa de la niñez, pura, alegre, bulliciosa, toma poco á poco los amargos tintes del desden, la burla y el despecho.

Pero sin embargo, no se desespera; aún vemos ricos vergeles que recorrimos en la infancia, sedosos bancos de césped donde reclinamos nuestra cabeza infantil, frescos bancos de arrayan donde hicimos preciosas labores, y florecidos naranjos que nos dieron su blanco aza-



har, para hacer coronas y ramilletes olorosos.

Allí se desliza un arroyo, donde jugábamos con una cabrita color de nieve, que enjaezaba nuestra madre con cintas rosadas y vistosos lazos.

Más allá cojimos un nido de ruiseñores que luego dejamos ir, por no oír los lastimeros cantos de los padres que los llamaban doloridos.

Aquí sujetamos una mariposa, haciéndole perder en nuestros dedos la brillante purpurina de las alas, que acaso no recobraría jamás, como la inocencia perdida de una frente juvenil y hermosa.

Ahí están aquellas piedras, que formando una pequeña bóveda, encerraban los grillos que nos llevábamos sin piedad, para aprisionarlos entre las cañas de una jaulita, donde cantaban, ó acaso lloraban por las noches, para halagar nuestro sueño.

Allí vemos el tímido recental que perseguíamos, y que llamaba á su madre con tristes balidos, para huir la temida persecucion de los hombres.

Más allá los rosados almendros que sacudíamos, para ver volar por el aire su preciosa flor, como las pajarillas de papel que hacemos, acaso de un billete de banco ó de una carta de interés, que arrebatamos del bolsillo materno.

Todo es igual en la niñez; hacemos el bien y el mal sin sentirlo, porque somos felices, y la felicidad no sabe comprender la desgracia, ni apenas compadecerla.

Al umbral de los quince años dejamos estos goces, queriendo volar tras otros que vemos en lontananza, como una nube perdida entre los reflejos del sol que nace.

Allí nos abrasaremos acaso cual la pobre nubecilla; pero es tan hermoso su color, tiene tal brillo y encanto, que dejarla ir sin profundizar su belleza, sería perder la vida en la mitad de su ocaso.

Empezamos á amar, á sentir, á penetrar las nerviosas arterias del sentimiento, á querer recorrer el velo de las pasiones, y á dejar tras la sábana blanca de la pureza, ese cielo de goces, que no sabemos apreciar, hasta que más tarde una lágrima solitaria quema nuestro rostro, y no encontramos un fresco ramaje

que nos quiera prestar su sombra en esos momentos de tedio, que con engañosa copa dorada nos dió á beber una sociedad mentida, que goza en arrancar las ilusiones de las noveles almas. ¡Lucha de quince años! ¡Infancia y juventud! ¡aún eres hermosa! ¡aún ciñes manto de nieve y corona de azucenas!

¿Será esta la época de la felicidad? ¿Deberíamos aprisionarla entonces?

¿Por qué huye luego? ¿Por qué nos abandona? ¿Está la culpa en ella ó en nuestro voluble corazón, en nuestra loca fantasía?

Acaso pudiéramos sujetarla, acaso se dejaría encadenar. ¿Es nuestro escaso talento ó su incomprendible ligereza la que nos separa quizá para siempre de un bien tan supremo, de un consuelo tan singular?

Hé aquí el tema de esta eterna cuestion que nos causa pesar y desaliento.

Y sin embargo, todos podíamos ser felices. ¡Basta tan poco á la felicidad! ¡Se contenta á veces con goces tan pueriles!...

¿Cuánto oro tendría si quisiera venderse como los hombres de Estado!

¿Cuántos diamantes si fuese una frágil mujer!

Pero ella no se vende ni se compra con ningún dinero.

Un sábio ha dicho:

«En mí tengo la fuente de alegría; antes la tuve y yo no lo sabía.»

Lo mismo acaso pudiéramos decir todos de la felicidad; pero nuestro ambicioso corazón no nos deja contentarnos con los fulgores que reparte: queremos tocarla, abrazarla, deshojarla, beber todo el licor de su esencia en una sola gota, y no viendo apagada nuestra sed, destruirla con nuestro aliento y pulverizarla en los aires para llorar despues con delirio su abandono y su ausencia.

¿Cuántas veces se habrá acercado á nosotros deseosa de prestarnos aliento y dicha, y la habremos desviado con ingratitud llenos de hastío y desagrado!

Porque es tal nuestra mísera fragilidad humana, que nos causa fastidio é impaciencia lo que momentos antes deseábamos con ardor.

¿Cuántas veces mirando al cielo cruzamos las manos y caemos de rodillas solicitando del



Supremo alguna gracia ó favor, que concedido mañana se convierte en enemigo de nuestra tranquilidad, y nos oprime, y nos ahoga y nos martiriza sin piedad!...

¡Cuántas veces quisiéramos deshacer el terreno andado, aunque nos obligasen á irlo regando con la sangre de nuestras venas y los raudales de nuestros ojos!

Y sin embargo, ya es tarde: lo que fué no puede dejar de ser nunca.

El deseo satisfecho, siempre será una ilusión menos y un día más, en el áspero sendero de la vida.

Por eso los que desean de continuo y no encuentran diques ni obstáculos en su camino de placeres, llevan escrito en su frente el sello del desagrado, y la atonía y la vejez anticipada.

¿Quién es el hombre que tiene en menos la vida? ¿Cuál es el más propenso al suicidio? ¿Cuál el de menos creencias? ¿Quién el que nada espera? ¿Cuál el que lucha, duda y desconfía de continuo?... El más favorecido de la fortuna; el que nada en el fausto y la opulencia; el que no ha luchado con esa contrariedad constante de la medianía; el que no se ha visto abatido, y humillado, y hecho el blanco de la suerte, y teniendo que recurrir á los consuelos de la eternidad, viendo que el mundo se los negaba.

¡La felicidad!... ¿Cómo la pueden hallar los seres, si por mucho que el cielo les proporcione la consideran un átomo de su merecimiento esquisito?

¡La felicidad! Si quereis hallarla, buscadla en vosotros mismos. Dos fuentes hay en vuestro corazón: una que, en forma de torrente, corre rápida á inundar vuestras entrañas de goces imaginarios, de deseos imposibles; y otra, sencilla, pura, sonora, que se desliza cristalina como la superficie del brillante, llevando en su límpida corriente inmensidad de goces modestos y tranquilos, como la mirada del Dios que nos los concede.

Si queremos apurar los goces de una vida en una sola hora; si nuestro carácter impaciente atrae los sucesos antes de su natural desarrollo; si con imprudente mano levantamos la cortina del porvenir para leer lo que Dios tenía reservado para más tarde, en el desacato llevaremos

el castigo y en el dolor la expiación de la culpa.

Querer saber el mañana, es sufrir un hoy horrible é intranquilo.

Querer abreviar las horas, es buscar la vejez y acercarnos á la muerte.

Buscar goces imaginarios, es ahogar los verdaderos.

Correr hácia arriba, cuando la cuesta hace descenso hácia abajo, es precipitarse y caer acaso para no levantarse jamás.

Si el hombre no procurase atormentarse á sí propio; si con su acalorada fantasía no crease la duda y el desconsuelo; si supiese vivir con el orden que el Supremo puso en su entendimiento y los privilegios que concedió á sus sentidos, hallaría, á no dudarlo, la felicidad, la dicha, la quietud.

La llamamos fantasma, porque en eso convertimos su dulce realidad.

La creemos un sueño, porque nunca estamos despiertos á la verdad y el bien.

La juzgamos una quimera, porque procuramos hacer por todos los medios posibles una continua lucha de la situación más apacible y tranquila.

Basta obtener un bien para mirarle como un mal.

Basta que se deslice fácil nuestra vida para que busquemos la borrasca.

¡Y despues nos quejamos de la tempestad!

¡Y lanzamos denuestos y quejas!

¡Y martirizamos á los que nos rodean!

¡Y buscamos la culpa en los demás!

Y somos tan ciegos, que no conocemos nunca que el germen de la desgracia, la amargura y la tristeza vá con nosotros mismos, que queremos llevarle é ir cual la pobre tortuga, arrastrando la concha donde llevamos encerrada la felicidad, ahogándola con los esfuerzos de la desesperación.

¡Pobre felicidad!... ¡Cómo te destruimos, creyendo que tú nos destruyas!

¡De qué manera tan cruel oprimimos tus generosas ofertas y tu generosidad sin límites!

¡Cómo lloramos tus rigores, ahogándote en nuestras lágrimas y confundiéndote entre nuestros locos deseos, nunca satisfechos, siempre irrealizables!

¡Oh! ¡Déjame que te busque á la mesa del



hambriento pobre que encuentra un pan que repartir con sus hijos!

¡Déjame que te busque en los labios del sediento, que lleva una encarnada jarra á sus secos labios!

¡Deja que te distinga en los ojos del ciego que puede volver á ver la luz!

En la puerta del prisionero que vé descorrer los cerrojos de su calabozo y respira el aire de la libertad.

En la hermosa fragata que trae al infeliz desterrado desde los lejanos mares, donde suspiraba por su suelo querido.

En el amor de la madre que vuelve á ver á su hijo despues de sangrienta guerra, para la cual le arrancaron de sus amantes brazos.

¡Felicidad! ¡Yo te veo en muchos sitios! ¡Yo creo verte y hablarte con frecuencia! ¡Yo creo que vives con todos los seres agradecidos que saben llevar las miserias de la vida con heroismo y virtud.

Tú penetras en todos los corazones, y solo huyes de aquellos que no te conceden un albergue hospitalario y procuran conservarte como joya de valia, como prenda inestimable.

Sé compasiva y generosa, y no abandones ni aun á aquellos mismos que te encontraron y no te conocieron, que si ciegos iban y te dejaron pasar, harto les costó despues y harto lucharon con su acerba suerte.

ROGELIA LEON.

#### EN EL ALBUM DE LA POETISA ROGELIA LEON.

¿Qué he de decir en tu album,  
¡oh poetisa inspirada!  
encanto de trovadores  
y ruiñeñor de la Alhambra?  
Que tus versos me conmueven  
y que tu prosa me encanta,  
que tu trato me cautiva  
y tu talento me pasma;  
pero esto es poco decir  
y otros ya lo consignáran.  
Quiero decirte algo nuevo,  
pero la mente me falta;  
por lo mucho que me inspiras  
no puedo decirte nada;  
hace poco te conozco,

mas te diré con jactancia,  
que cual conozco la mia  
así conozco tu alma.  
¿Cómo nó, si es expansiva?  
¿Como nó, si es pura, cándida,  
y con sincera amistad  
me correspondeste y tratas?  
Te lo agradezco, Rogelia;  
Rogelia, te doy las gracias;  
tu trato me impresionó  
y no es impresion que pasa:  
esta impresion halagüeña  
será un recuerdo mañana,  
recuerdo que vivirá  
mientras aliente mi alma;  
fácil puedes conocerlo,  
tú que posees la magia  
de entender y traducir  
los murmullos de *las auras*:  
consúltalas en mi ausencia,  
y aun desde largas distancias  
dirán que es firme y constante  
la amistad que te jurára.

VICENTE R. JORDAN.

Almería y febrero 14 de 1863.

#### MAGDALENA.

(Continuacion.)

Julian acababa de llegar á París despues de muchos años de ausencia, motivada por un viaje científico que le habia conducido al Asia, porque amaba con pasion los estudios serios. El tío de Julian se habia apresurado á conducirlo al *hôtel Mercier*, donde el padre y la tia de Magdalena le recibian admirablemente, deseando uno y otro verle entrar en su familia. Pero Julian reflexionaba antes de empeñar á su tío en emprender cerca de él una marcha definitiva; porque ante todo queria para compañera de su vida una mujer de corazon, y hasta entonces sus observaciones no habian sido nada favorables con respecto á Magdalena.

Mientras venia su compañero de paseo, el conde de Lalande se habia sentado bajo un pabellon sombreado en aquel momento por el más espeso y fresco verdor. (Era á fines de mayo.) El jóven cavilaba, cuando vino á sacarle de su



meditacion el sonido de dos voces. Hallábase en un terraplen al nivel del jardin, pero á algunos pies de elevacion de un encinal, al que se bajaba por una escalera de piedra bajo la cual serpenteaba un arroyuelo. Tanto espacio concedido á los árboles no tenia nada de extraño en la calle de la Beneficencia, una de las más solitarias de París hace algunos años.

Las personas que el conde sentia hablar se paseaban en el encinal, y pudo reconocer á madama Mercier con una de sus amigas. Las jóvenes no podian ver á Mr. Lalande.

—Sí, querida Leontina,—decia Magdalena riendo,—una jóven de treinta años y provinciana.

—Apostaria que estará vestida de color de rosa,—replicó Leontina.—Las que no pueden pretender de juventud tienen la manía de los colores claros.

—¿Pero cómo es que tu tia la ha convidado para su baile?—Mr. Bonneville, padre de mi tocaya (se llama tambien Magdalena), era un abogado de Rennes. Un dia defendió un grave pleito que mi tia sostenia en Bretaña; lo ganó, y desde aquel momento las dos familias Louvet y Bonneville fueron amigas.

—¿Y se sabe que motivo trae á esta señorita á París?

—No, pero me parece haber oido decir que venia á ver á su hermano.

—Y por qué no se habrá casado? ¿Sin duda no tendrá dote? ¡Dios mio! ¿Es tan necesario el dote?—esclamó Magdalena con un aire de vanidad que significaba...

Aunque yo no lo tuviera, lo mismo me buscarian por mi belleza y mis talentos. Ademas,—añadió—parece que Mlle. Bonneville tiene 3,000 francos de renta, y esto no deja de ser una fortuna en provincia.

—Entonces debe ser fea y desagradable,—replicó Leontina.

Acto continuo las dos amigas hablaron de sus trajes, porque no dejaba de ser una cuestion grave para ellas el escojer las cintas y flores con que podrian á la noche embellecer aún más sus jóvenes fisonomías; esto sin dejar de volver, burlándose siempre, á la conversacion de esta señorita de provincia que ni una ni otra conocian todavía.

Julian no perdió una sola sílaba de este diálogo, y su frente se oscureció más y más.

Simona le distrajo en fin de sus pensamientos, anunciándole la vuelta de Mr. Mercier, al cual se reunió en seguida el jóven en el salon.

(Se continuará.)

JOAQUINA DE CARNICERO.

### TRES FLORES.

(Imitacion de Coelho Lousada.)

Como el ardiente deseo  
es el clavel encarnado,  
bello, intacto, mas tocado  
cae marchito y sin olor.  
La amistad, blanca azucena,  
no tiene matiz ni gala;  
aunque el perfume que exhala  
suple el perdido color.

El amor es rosa mística  
crecida en floresta pura;  
pero nace á tanta altura  
que no es dada á todo audaz.  
Tiene de clavel el fuego,  
de amistad la pura esencia...  
perfume que esta existencia  
vuelve en encanto fugaz.

La azucena, aunque más nítida,  
desprendida no florece,  
no revive, pues fenece  
con su aroma su verdor.  
De la rosa la fragancia  
ni la eternidad agota...  
cortada, el recuerdo brota  
linda sí, ¡mas triste flor!...

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

### MODAS.

#### Correo de señoritas.

Nuestras elegantes se disponen á marchar.  
Feliz viaje.

Es preciso partir, porque los acianos y las margaritas esmaltan las praderas, y las rosas se desvanecen.

Pero ¿á dónde iremos?



Se empieza por vagar á la orilla del mar, y se concluye dando la vuelta por las aguas.

Id, hermosas, las que deseáis conservar vuestros atractivos, encaminad vuestros pasos hácia el magnífico establecimiento hidroterápico de *Geradmer*, dirigido por el Dr. Saucerotte, con el concurso del Dr. Lubanski, una celebridad medical.

La hidroterápia es cuestion de moda, de belleza y de salud.

Reflexionemos; pues está probado que Diana de Poitiers conservó tanto tiempo sus gracias porque tomaba todas las mañanas un baño frio de agua de lluvia.

Ademas, el Dr. Lubanski afirma que un mes en *Geradmer* roba diez años á una bella.

Supongo que obrará los mismos efectos en los muchachos viejos.

Los trajes destinados á *Geradmer* no son los los que van á Dieppe y á Vichy.

Es necesario vestirse como verdadera campesina, con la falda levantada á manera de la de Perrette, la chaqueta de paño semi-ajustada, y el sobretodo igual. Un par de botas, el sombrero increible y el baston ferrado en la mano.

La naturaleza se encarga de la representacion de los placeres.

La casa *París y Carpentier, boulevard des Capucines*, posee inteligentes trajes para las bellas viajeras que ante todas cosas buscan la variedad, el buen gusto y la elegancia.

Hé aquí cinco ó seis toillettes que se hallan en esta primera casa de confecciones.

Un traje compuesto de falda en alpaca ilustrada por abajo de corchetes de terciopelo y encaje negro, estilo enteramente Luis XIV. La chaqueta tiene corchetes iguales con hombreras y bolsillos cuadrados en terciopelo y encaje negro.

Otro en mohair gris acero, con falda bordada, de un ancho bies de tafetan azul Mexica, recortándose hácia el bajo, en almenas. Entre cada almena, tres encañonados de tela. Paletot igual.

Otro traje de bareje granadina, blanco ópalo, guarnecido en galería, con serie de delantalitos napolitanos, decorados de tafetan azul turco, y volantitos encañonados.

Otro de tafetan encarnado, gris y blanco,

con una guarnicion tan original como distinguida, consistiendo en ladrillos de tafetan verde, franjeados, sujetos con clavos de acero. Este adorno es de una perfecta sencillez, al mismo tiempo que fantasista.

Para *Geradmer*, decreta la cachemira, la popelina, y aun la franela inglesa, á cuadritos encarnados y negros, como el traje que la bella condesa de Pourtales llevaba en las carreras de Chantilly.

Tengo á vuestra disposicion sombreros típicos para las aguas.

El Increible, el Coligny, el Mademoiselle, el Enrique III y el Florian.

Cada uno de ellos se halla á las órdenes de los bellos ojos que debe abrigar.

El Increible se guarnece de plumas ó de flores, á gusto de la consumidora. Es *tres-grande dame*, en paja de Italia, con ancha cinta de seda vegetal, anudándose por detrás como corbata franjeada, y sujetando sobre la cima un haz de paja, hácia la cual revolotea *une demoiselle* azul, con alas de gasa.

El Coligny es de paja belga, con el borde levantado y ribeteado de terciopelo punzó y pluma natural de avestruz.

El Mademoiselle, de paja de Italia, forrado (*doublée*) de tafetan negro, con plumas blancas y plumas negras.

Un Enrique III, de paja belga, con borde de terciopelo punzó en el interior, y cinta maiz alrededor de la copa.

Un sombrero Florian de paja de Italia, con guirnalda de flores anudada con un lazo *houlette*.

Pedid el que gustéis á *Mme. Herst, rue Druot*.

La *Ville de Lyon*, pasamanería de la Emperatriz Eugenia, posee un sombrero de viaje sin igual, que se puede colocar en un saco de tapicería ó de cuero de Rusia.

Absolutamente como un gibus.

Este sombrero está adornado de encaje, y tiene la forma de los sombreros á la moda.

La *Ville de Lyon* ha inventado tambien otros tocados para las orillas del mar.

Un María-Luisa, en cachemir de todo matiz, formando fichú sobre el cuello, y María-Luisa sobre el tocado, con *ruche* de cachemir, dividido por medio con un terciopelito negro,



Un Cardenal de cachemir violeta, formando camail, con capuchon redondo, ilustrado de soutaché negro.

Una Algerienne de cachemir punzó, guarnecida de un doble encaje de lana negra, separado por una trencilla.

Esta Algerienne describe al mismo tiempo un echarpe y un tocado orientales.

Todos estos modelos se pueden repetir en guipure, con viso de tafetan de color.

La Ville de Lyon consigue tambien un triunfo con la emision de guantes en piel de Alemania, denominada tambien piel de Sajonia.

Es de todo rigor que una elegante tenga estos guantes si no quiere ser criticada; es un furor, el supremo género.

Les Magasins du Louvre no pueden dar abasto á los pedidos de albornoces y rotondas de encaje de yack blanco, y á los que parten para los baños de mar y para las aguas.

Pero hay encaje de yack, como hay diamante y extras.

La imitacion se ha apoderado de este encaje, fabricado con el tejido más puro y nacarado del yack del Thibet.

Para no equivocarse con una apariencia engañosa, estará firmado en adelante con la marca de fábrica: *Fergusson ainé*.

Lo mismo sucede con todos los artículos de encaje de Cambrai, que rivalizan con el Chantilly, del cual reproducen los artísticos dibujos y el relieve florido.

Les Magasins du Louvre son los únicos depositarios de este encaje, tan preferido por la moda actual.

Ellos atraen la muchedumbre haciendo que se hable de ellos, y apenas repuestos de sus triunfos en los trajes de muselina bordada, sueñan otra operacion no menos ventajosa en sederías, lanas y soberbias confecciones, en las que han desplegado una actividad enteramente caprichosa y fantasista.

Del mismo modo se produce la *Malle des Indes, passage Verdeau*.

Invierno y verano el foulard ocupa el primer rango.

Hace un mes inauguraba la primavera el foulard á florecitas, á ramajes y á disposiciones mosqueadas y perladas.

Hoy es todo de un color para los trajes de campo.

El foulard, á la orden de comodidad, es el Schangai.

Cuesta ocho francos el metro, y sin embargo no hay para todo el mundo.

Pero ; qué foulard!... Es el tafetan antiguo del foulard, que no se deslucce y se lava como la batista.

Se inscribe á la *Malle des Indes* para obtener el Schangai: ni más ni menos que en casa de Rothschild para obtener el préstamo italiano.

La *Malle des Indes* se ha visto favorecida por la Reina de Prusia y por S. A. I. Mme. la Princesa Matilde.

Lo merece de todas veras, porque despliega una leal inteligencia y una vigorosa exactitud.

El foulard figura actualmente en todas las canastillas de novias.

Las novias me recuerdan los trousseaux, de los cuales es cuestion como en plena Cuaresma.

La maison *Leborgne et Henneveu* no sabe á qué acudir.

Por un lado tres trousseaux á cual más rico y elegante; por otro la lencería para las aguas, para viaje y los trajes de playa.

Tambien hay lencería para los caballeros lectores, así como para las bellas. Para ellos son las camisas de vestir, las de color y las de franela.

La galante mitad del género humano no está escluida de mis revistas.

¿Acaso no le abre sus puertas la perfumería del mundo elegante?

La leche de cacao está dedicada por Mr. Delettrez á las coquetas; pero no les está prohibido á los hombres su uso. Disipa las consecuencias de la navaja, al mismo tiempo que borra las sombras de las pecas.

Quiero completar esta aristocrática perfumería masculina, recomendando los nuevos artículos siguientes:

Una locion á la violeta sumamente tónica para impedir la caída de los cabellos.

Una saponarina preparada para la barba.

Una brillantina para alisar los cabellos y la barba.

Unos polvos de arroz á la violeta de Oriente.

El jabon de jugo de malvas (nuevo perfume).



Jabon de leche de cacao al jugo de lechuga y de violetas de Oriente.

El vinagre y agua de tocador de violetas de Oriente.

Con respecto á la perfumería especial femenina, se compone de una crema á la duquesa, pomada suave y untuosa; un ramillete de flores del campo; de la crema de los lirios del valle, que dá al cutis una frescura purpurina; del ramillete del mundo elegante, y el agua de Colonia del Gran Cordon, la reina de todas las aguas de Colonia.

¡Qué revista tan larga!

Pues aún me resta hablar de los pañuelos.

Chapron ha dado á luz dos: uno en batista cruda llamado amazona; y otro, también de batista cruda, con olas de color tejidas en la batista, llamado de caza. Como este pañuelo crudo no se halla sino en la calle de la Paix, Chapron descansa en la fidelidad de las personas elegantes.

El pañuelo Walewiska y el Metternich tienen los honores de la moda. El primero está bordeado de un adorno mate, señalado por un calado, ilustrado de un borde de color, que termina con un estrecho valencienne; y el Metternich se compone de entredoses de encaje negro y de idem blanco con volante de Chantilly en el remate.

No obstante la opinion de los retrógrados, que niegan el progreso en todo, me dirijo á los que anhelan los adelantos, recomendándoles á mi protegida el agua de la Florida, que rejuvenece y devuelve á los cabellos decolorados su primitivo color.

Tened presente, lectores y lectoras, que la edad se pregunta á los cabellos, pues en tanto que se conservan negros ó blondos, se puede considerar en plena primavera y en plenas conquistas.

JOAQUINA DE CARNICERO.

## ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

### PRIMER LADO.

Número 1 y 2. Cuello y puños sobre muselina, punto de posta y feston.

3 y 4. Cuello y puños sobre nansouck, punto ruso y minuto.

5. Esquina de pañuelo, bordado con trencillas de color, y feston.

6. Dibujo de trencilla para trajes de niños.

7. Dibujo de trencilla para esquina de abrigos.

8, 9 y 10. Escudos para pañuelos.

11. Esquina de corbata; punto ruso y feston.

12. Otra punta de corbata á plumetis y feston.

13 al 20. — Nombres.

21. Cifra para sabanilla de altar.

22. P. B., iniciales plumetis y punto de armas.

23 al 30. Diferentes cifras.

31. Representa una canastita para viaje, sumamente linda y que ha tenido gran éxito en los almacenes de Mme. Marie Soudant.

Para ejecutarla se toma un cañamazo grueso y del tamaño que se quiera hacer la bolsa, bordándola de este modo, segun indica el dibujo: Los cuadritos negros con estambre negro; los cuadritos rayados, con encarnado; los marcados con puntitos, con amarillo, y el fondo azul claro ó verde.

Concluida la tapicería, se coloca sobre un carton fuerte, forrado de percalina y que tenga ya la forma de la canastita. En lo alto se pone un saco de tafetan encarnado. Para terminar esta linda labor, se guarnecerá de cordones y de una franja adecuada al dibujo.

32. Representa otra canastita en forma de concha para guardar anillos. Para ejecutarla se prepara un armazon de alambres igual al modelo, se forran los alambres con una cintita estrecha, rodeándolos despues de cuentas blancas, que ya se tendrán metidas en un hilo. Despues se hacen redecillas de cuentas para cubrir cada uno de los espacios que forma la concha.

### SEGUNDO LADO. — PATRONES.

Cuerpo blanco, fruncido, para niñas de ocho á diez años.

Número 1. — Primera pieza de la espalda.

2. — Mitad del delantero.

3. — Segunda pieza de la espalda.

4. — Mitad de la cintura.

5. — Mitad de la manga.

6. — Puño.

Este cuerpo puede hacerse en muselina, tul, nansouck ó batista. Puede hacerse también á plieguecitos, guarneciendo el escote con un entredós bordado.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario. — VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863. — Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.